



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

**Título: La problemática del duelo en su relación
con la pulsión de muerte**

Modalidad: Ensayo

Autora: Zontella, Gala

Legajo: Z-5120/9

Dni: 41405142

Docente responsable: Decorte, Valeria

Año: 2024

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecer a mi analista, José Guizzardi, quien durante todos estos años ha sido una brújula en el camino. Ha hecho lugar a cada uno de mis interrogantes, ha sabido acompañarme con amorosidad y fundamentalmente, ha sabido hacer del dispositivo analítico un refugio frente a las dificultades que insisten en inscribirse. Sin nuestro trabajo no me hubiese sido posible pensar otras posiciones subjetivas, ni considerar otras elecciones para mi vida.

A mis amistades, que me han acompañado como solo los amigos pueden hacerlo. Han sido quienes me han visto atravesar todos los momentos y aún así, han elegido sostener, cada vez, este lazo tan maravilloso. Ellos me han abierto las puertas y han hecho de estas amistades un afuera tan distinto como sea posible, donde la ternura, el cuidado y la amabilidad fueron los andamios para su construcción. A ellos les debo la tácita seguridad de no estar sola en el mundo, la alegría de saberlos cerca. Simplemente, ellos hacen que la vida tenga algún sentido.

A mi familia, con quienes las diferencias siempre abundan pero hemos sabido sortearlas. Ellos me han acompañado estos 26 años de mi vida, son ese primer lugar donde aprendí mis primeros pasos y ahora, me acompañan a dar estos otros. De ellos aprendí a no dejar de intentarlo cuando la vida pone obstáculos en el camino.

A la cátedra de Psicoanálisis 1 de la Facultad de Psicología de la UNR. Primer espacio que convocó mi deseo por el Psicoanálisis e interrogó por su enseñanza y transmisión. En especial a Graciela Lemberger, Analia Ortega, Alicia Iadanza y Ruben Caligaris, quienes se han dispuesto con su amabilidad, a compartir su enseñanza conmigo y han provocado mi deseo por la docencia.

A Miguel Comba, quien ha sido más que un compañero en mi vida. Fue hace unos cuantos años que el Psicoanálisis nos encontró por los pasillos de nuestra casa de estudios, y desde allí, me acompañó a hacer de esta aventura algo que jamás olvidaré. La complicidad y la ternura con la que hemos elegido construir, y el amor por el Psicoanálisis, será algo que siempre insistirá en nuestro lazo, aún sabiéndonos lejos.

A Valeria Decorte, a quien conocí sobre el final de este recorrido. Quien desde sus clases me ha transmitido un más allá de los contenidos. Ha despertado en mí múltiples preguntas que, con su amabilidad y su simpleza, ha sabido acompañar y orientar. De ella aprendí que los interrogantes son posibles de sostener en tanto y en cuanto exista una cálida cercanía que soporte a tu lado el peso de no tener todas las respuestas. De ella destaco su amorosa disposición, que se hizo sentir desde el primer día.

A Ivonne Laus, quien ha acompañado mi problemática de trabajo con precisión, delicadeza y compromiso. Quien ha generado las condiciones de posibilidad necesarias para que este momento de concluir sea posible.

A Antonela Fiocchi, quien con su estilo tan singular en su transmisión y su posición de paridad para ello, ha propiciado otras coordenadas posibles para pensar la enseñanza del Psicoanálisis en nuestra universidad.

A Innominatus, mi primer grupo de formación. Espacio que se consolidó entre compañeros/as al calor de dificultades inherentes a nuestras prácticas. Con ellos aprendí que no todas las respuestas están en la teoría y que la riqueza reside en pensar con otros. A Jorge Faccendini, quien ha sido mi docente en los primeros años y gracias a las contingencias, nos hemos vuelto a encontrar en este último tramo en el marco del grupo de formación. Quien con su gentileza prestó palabras ahí donde faltaban.

Por último, a la Universidad Pública, que me ha dado tanto. A ella, todo mi cariño y deseo en el porvenir.

Agradecimientos.....	2
Resumen.....	
4	Palabras
clave.....	4
Introducción.....	
5 I. Duelo: un asunto de trabajo.....	
6 II. La pregunta que atañe todo duelo: ¿qué se pierde con lo perdido?.....	
11 III. La predominancia de la pulsión de muerte: un asunto de desmezcla pulsional.....	
15 IV. La muerte, una imposibilidad de	
inscripción.....	22
Reflexiones	
finales.....	24
Referencias bibliográficas:.....	26

Resumen

El duelo, desde la perspectiva freudiana, supone la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad o un ideal. Sugiere la idea de un trabajo que es tan desgastante como indispensable para que se pueda inscribir la pérdida. Es con Jacques Lacan que el duelo adquiere una lectura singular al concebirlo como una función, lo que conlleva a la idea de consumir la pérdida por segunda vez. En consecuencia, Juan Ritvo señala que hay en todo trabajo de duelo, un conflicto, un escollo, que se entrama entre retener lo que se pierde y perder lo que no se puede conservar. Sin embargo, si el sujeto persiste en dicha actitud y la duración de la misma se sostiene indefinidamente en el tiempo, el trabajo de duelo se ve impedido, demorado o suspendido. Así, el presente ensayo se propone discernir cuáles son las condiciones que permiten leer el trabajo de duelo, pero fundamentalmente, cuales son

aquellas que permiten leer su imposibilidad. Así, se indaga en la melancolía y su cercanía con el duelo patológico, en tanto que en ambas lo que está en juego es la ambivalencia. Sin embargo, lo que se destaca como rasgo exclusivamente de la melancolía es el rebajamiento de sí mismo. A propósito de ello, se conjetura la predominancia de la desmezcla pulsional en la problemática del duelo al reconocer en esta el aspecto desexualizante, a saber, la pulsión de muerte.

Palabras clave: PULSIÓN DE MUERTE - DUELO - PÉRDIDA - MELANCOLÍA - IMPOSIBILIDAD DE DUELO.

Introducción

4

El presente ensayo aspira a abordar la problemática del duelo en su relación con la pulsión de muerte, tema que habita los rincones de la teoría psicoanalítica y de la práctica analítica misma. Si bien Sigmund Freud en *Duelo y melancolía*, de 1917, distingue el trabajo de duelo normal del duelo patológico arrojando luz sobre la naturaleza de la melancolía, no podemos desconocer que ambas nociones utilizadas por Freud -normal/patológico- están fuertemente ligadas a una época donde el discurso de la medicina y de la psiquiatría eran los imperantes. En función de ello, pensar el duelo como un trabajo impuesto al aparato psíquico nos ubica en otra lógica que va más allá, ya que despliega otra cara de la psicopatología alejada de la psiquiatría imperante y de las clasificaciones taxonómicas.

En esta dirección, el presente escrito gira en torno a la pregunta ¿qué implica el trabajo del duelo y qué ocurre cuando este no es posible? Para ello, indaga en la idea de función planteada por Jacques Lacan, quien ha ido más allá de Freud en lo que respecta a

la problemática del duelo. Sin embargo, se trata de un desplazamiento teórico que no podría producirse sin ser causado por Freud. Es con Lacan que *Duelo y melancolía* adquiere una lectura singular al concebir, como se mencionó anteriormente, el duelo como la función subjetivante de la falta, articulada necesariamente a la relación con el objeto. En consecuencia, Juan Ritvo en *El laberinto de la feminidad y el acto analítico*, de 2009, señala que hay en todo trabajo de duelo, un conflicto, un escollo, que se entrama entre retener lo que se pierde y perder lo que no se puede conservar. Sin embargo, es menester advertir que si el sujeto persiste en dicha actitud y la duración de la misma se sostiene indefinidamente en el tiempo, el trabajo de duelo se ve impedido.

Ahora bien, siguiendo la lectura de *Duelo y melancolía*, se plantea la posibilidad en un primer momento, de una renuencia a aceptar la pérdida como tal, como si se tratase de una primera reacción del sujeto. Se entiende a ésta, como un estado transitorio en el que luego, se espera que prevalezca el exámen de realidad. De lo contrario, detiene el proceso de duelo. Al respecto, hay sujetos en los que no se observa que transiten el trabajo de consumir la pérdida del objeto por segunda vez, en tanto este se halla obstaculizado o imposibilitado.

Silvina Garo en su Tesis de Maestría titulada: *La concepción psicoanalítica del duelo en la obra de Sigmund Freud*, de 2008, sostiene que hay cuestiones que afectan el tiempo o la forma en el que este proceso de duelo se produce, puede relacionarse con el modo en que se precipita una pérdida, o bien, puede tener que ver con la respuesta subjetiva ante la pérdida. En vista de ello, la autora argumenta que hay condiciones que hacen que algo de este proceso pueda quedar demorado, impedido o suspendido según el caso. Es de suponer que esto es lo que le permitió a Freud hablar de “duelo patológico” sin que se trate necesariamente de la melancolía.

Entonces, la pregunta se abre en torno a la no posibilidad de duelo, es decir, aquel duelo que no inicia frente a la pérdida. De este modo toma forma la problemática en cuestión, la cual propicia discernir cuáles son las condiciones que permiten leer la posibilidad del trabajo de duelo, pero fundamentalmente, cuales son aquellas que conducen a ubicar su imposibilidad, es decir, su no trabajo. Es menester señalar que, si algo de este proceso queda demorado, impedido o, más comprometido aún, suspendido, no habría posibilidad de inscribir la ausencia del objeto como marca de esa pérdida, lo que produciría un estancamiento en la elaboración luctuosa (Landriel, 2016).

Tanto en la melancolía como en lo que Freud en *Duelo y melancolía* denominó duelo patológico, es posible encontrar toda una serie de manifestaciones tales como: autorreproches, denigraciones, humillaciones, ambivalencia, sentimientos de culpa y

5

autocastigo. Más adelante en la obra freudiana, a partir de *Más allá del principio de placer*, de 1920, cabe preguntarse ¿qué papel juega la pulsión de muerte en tales manifestaciones y cómo opera? Así, se indaga en la melancolía y su cercanía con el duelo patológico, en tanto que en ambas lo que está en juego es la ambivalencia. Sin embargo, lo que se destaca como rasgo exclusivamente de la melancolía es el rebajamiento de sí mismo. A propósito de ello, se conjetura la predominancia de la desmezcla pulsional en la problemática del duelo al reconocer en esta el aspecto desexualizante, a saber, la pulsión de muerte.

Se observa que, conceptos tales como: pulsión de muerte y trabajo/función de duelo, han sido arduamente tratados por diferentes autores del campo psicoanalítico, no obstante, aún hoy nos ocupan. En la actualidad, su investigación continúa convocando ya que, como argumenta Cristian Landriel en su libro *El duelo*:

siempre nos encontramos con el luto. Ya sea como motivo de consulta en aquella persona que ha sufrido la dolorosa pérdida de un ser querido, como también -y sabemos que es a lo que apunta todo análisis- en el atravesamiento del duelo por la propia existencia -esto es, el duelo estructural- (2016, p. 19).

I. Duelo: un asunto de trabajo

Un lugar
no digo un espacio
hablo de
qué
hablo de lo que no es
hablo de lo que conozco
no el tiempo
sólo todos los instantes
no el amor
no
sí
no
un lugar de ausencia
un hilo de miserable unión.

(A. Pizarnik, 2017. *Fronteras inútiles*)

Estoy desgarrado o incómodo y a veces
bocanadas de vida.

(R. Barthes, 2021. *Diario de duelo*)

Sigmund Freud, a lo largo de su obra, ha destacado la noción de trabajo en lo concerniente al aparato psíquico. Es en *La interpretación de los sueños*, de 1900, donde nos señala que la palabra aparato sugiere la idea de una tarea, de un trabajo. Más específicamente, en *Duelo y melancolía*, de 1917, postula que el duelo conlleva necesariamente un trabajo psíquico, es decir, pone en funcionamiento una de las tareas principales del aparato. Este trabajo es tan desgastante como indispensable para que se pueda inscribir la pérdida (Landriel, 2016, p. 154). En efecto, entendemos que se trata de un dispositivo constituido por diferentes instancias o lugares psíquicos, cada una regida por sus propias leyes, sus respectivas modalidades de inscripción y gobernadas por diferentes principios de regulación de energía, cuyo objetivo es la inscripción y elaboración de las

6

excitaciones provenientes tanto del mundo exterior como del interior del cuerpo, intentando así, mantener a un nivel lo más bajo posible la energía interna del organismo. Según esta lógica, podemos plantear que la noción de trabajo se encuentra ligada, en Freud, al punto de vista económico, en la medida en que se encuentra unida al concepto de *Trieb* (pulsión), siendo esta una fuerza constante de trabajo impuesta al aparato psíquico. En consonancia, cuando Freud en *Duelo y melancolía* distingue el trabajo de duelo normal del duelo patológico arrojando luz sobre la naturaleza de la melancolía, no podemos desconocer el hecho de que ambas nociones utilizadas por el autor -normal/patológico están fuertemente ligadas a una época donde el discurso de la medicina y de la psiquiatría eran los imperantes. En función de ello, pensar el duelo como un trabajo impuesto al aparato psíquico nos ubica en otra lógica que va más allá, ya que despliega otra cara de la psicopatología alejada de la psiquiatría dominante y de las clasificaciones taxonómicas. Ahora, ¿cómo pensar lo normal y lo patológico -en relación con el duelo- en la obra freudiana? Este interrogante nos permitirá comenzar a recorrer la problemática que nos ocupa aquí, en este sentido, es menester detenernos un momento. El término patología es un concepto extraído de la medicina, mientras que el término psicopatología proviene del campo de la psicología y es tomado por

la psiquiatría como recurso. Cuando Freud, a lo largo de su obra, hace alusión a términos tales como “patología”, “patológico” o “enfermedad”, no lo hace concibiéndolos desde la perspectiva del pensamiento tradicional reinante. Al respecto, Cristian Landriel en su libro *El duelo*, de 2016, sostiene que lo patológico en la obra de Freud tiene un carácter fragmentario y móvil, definiéndose como lo que encuentra su importancia, en la medida que se opone a lo normal. Justamente el movimiento que Freud realiza en relación con lo psicopatológico, se lee en el gesto de titular uno de sus trabajos, *Psicopatología de la vida cotidiana*, de 1901. A partir de allí, se entiende que hay algo cotidiano que, con sus tropiezos, sus interrupciones, se inmiscuye en la vida del sujeto. Premisa que hace, caer el saber de la medicina. De esta manera, Freud describe un modo de estar en el mundo que incluye el sufrimiento como uno de sus avatares. Lo psicopatológico se halla ligado a las formaciones del inconsciente, por lo tanto, no encontramos en la obra freudiana una tajante línea divisoria entre lo normal y lo patológico. Al decir de Landriel: “Cuando hace uso del término “psicopatología” es en función de lo fractus, de lo irregular, del mínimo punto de diferencia y alteridad en el sentido. Proporcionalmente, cuando pone en juego nociones psicopatológicas, las utiliza de manera fragmentaria” (2016, p. 136).

Al respecto, Juan Ritvo en *El laberinto de la feminidad y el acto analítico* sostiene que:

El ser humano no soporta la muerte, no concebimos la muerte propia porque la pensamos como ajena, pero tampoco la ajena porque la pensamos como una proyección propia, no hay manera de concebir la muerte, lo cual confirma, una vez más la división subjetiva. [...] este es el problema del duelo, y sabemos que la diferencia entre duelo patológico y duelo normal no es una diferencia cualitativa, no hay forma de pensar un duelo normal (2009, p. 106).

Planteada la cuestión, nos adentramos a preguntarnos ¿qué implica un trabajo de duelo? ¿qué ocurre cuando este no es posible?

Freud, en *Duelo y melancolía*, manifiesta en primer lugar, que el duelo es un afecto normal, cuestión no menor que muchas veces es pasada por alto, tal vez por su simpleza. Luego, que se trata de una reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal. Y que, a pesar de que el duelo trae consigo graves desviaciones de la conducta normal, nunca se nos ocurriría considerarlo un estado patológico. Encontramos en el duelo, un talante dolido, una pérdida del interés por el mundo exterior -en todo lo que no recuerde al muerto o al objeto perdido-,

7

la pérdida de la capacidad de escoger algún nuevo objeto de amor, y el extrañamiento respecto de cualquier trabajo productivo que no tenga relación con la memoria del muerto -lo que nos conduce a ubicar aquí una lectura económica del dolor- (Freud, 2022). Ahora bien, Freud se pregunta ¿en qué consiste el trabajo que el duelo opera?

El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. (...) Lo normal es que prevalezca el acatamiento a la realidad. Pero la orden que esta imparte no puede cumplirse enseguida. Se ejecuta pieza por pieza con gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido (2022, p. 243).

Siguiendo esta línea, el duelo para Freud conlleva necesariamente un trabajo. Este trabajo de luto implica todo un movimiento libidinal, un proceso de ligazón y desligazón de las investiduras libidinales, permitiéndole al sujeto “poder arreglárselas” con ese

desmoronamiento que supone la pérdida. Si nos permitimos una metáfora, sería como si se tratara de un proceso de escritura de aquella marca, de escribir una historia entre los escombros de una historia, una carta que jamás leerá su destinatario. Precisamente, la palabra epistolar lejos de ser inmediata está mediatizada por la ausencia del otro y el tiempo mismo de la escritura. Al respecto, Freud en su texto *El malestar en la cultura*, de 1930, plantea que la escritura es el lenguaje del ausente. Así pues, comprendemos que estas operaciones de ligadura y desligadura son parte de un mismo trabajo, en otras palabras, la ligazón con el objeto es lo que posibilita luego el movimiento de desligar, es decir, inscribir la ausencia como pérdida. El desasimiento de la libido no es sin esta ligazón primera con el objeto. En esta dirección, estamos frente a una trabazón, vacilación, ligadura y desligadura, tejido simbólico que permite, en definitiva, en el caso del duelo, historizar en tanto es el pasado el que ejerce efectos en el presente y por ello vuelve necesario narrar la historia. Instaurar un entretiempos y así volver a disponerse a operatorias de inscripción, volver a narrar quiénes somos, incluso el modo de nombrarnos, porque esa pérdida indudablemente nos ha modificado, ya no seremos los mismos. Tal como manifiesta María Malusardi en su libro *Trilogía de la tristeza*, de 2009: “La subsistencia es remar sobre la herida” (p 25). Quien está de duelo, se encuentra rearmándose simbólicamente.

Consecuentemente, al concepto de trabajo de duelo podemos relacionarlo con el, más general, de elaboración psíquica, concebida como una necesidad del aparato psíquico de ligar las impresiones traumatizantes. Esta existencia de un trabajo intrapsíquico del duelo viene atestiguada según Freud en *Estudios sobre la histeria*, de 1895, a partir de la falta de interés por el mundo exterior que aparece con la pérdida del objeto: toda la energía del sujeto parece acaparada por su dolor y sus recuerdos. En *Duelo y melancolía*, el autor retoma esta idea ya expresada en *Estudios sobre la histeria*, y agrega:

Para cada uno de los recuerdos y de las situaciones de expectativa que muestran a la libido anudada con el objeto perdido, la realidad pronuncia su veredicto: El objeto ya no existe más; y el yo, preguntado, por así decir, si quiere compartir ese destino, se deja llevar por la suma de satisfacciones narcisistas que le da el estar con vida y desata su ligazón con el objeto aniquilado (2022, p. 252).

Al respecto, debemos subrayar una cuestión: cuando Freud señala que, al prevalecer el acatamiento a la realidad, el trabajo de desligazón se ejecutará pieza por pieza, destaca allí algo importante de lo que es preciso estar advertidos. Dice: “Entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico” (Freud, 2022, p. 243). ¿Qué lectura

8

podemos hacer de ello? Arribamos a considerar que Freud nos propone pensar una estrecha relación entre la herida que ocasiona la muerte o la pérdida de un objeto de amor, y la fantasía. Pareciera que este acontecimiento tan doloroso que sacude el vínculo con la persona amada y exige, de algún modo, una respuesta del sujeto conduce, desde este punto de vista, al aparato psíquico hacia un trabajo de elaboración, posibilitando al mismo tiempo el resurgimiento de fantasías. Consecuentemente, tal como plantea Freud en *Introducción del narcisismo*, de 1915, la realidad que se había tornado insostenible para el sujeto, encuentra un punto de fuga al producirse la vuelta de la libido a la vida de la fantasía, conservando de alguna manera el vínculo con el objeto perdido.

Comprendemos así que las fantasías vienen a ocupar el lugar de ficciones, de edificios protectores o de cierta suplencia, y apaciguan la intensidad angustiosa del recuerdo traumático. Algo de la pérdida puede ser elaborado en la escena de la fantasía, como un intento de cicatrizar aquella herida. Al decir de Landriel: “El objeto permanece en estos parques naturales que brindan asilo frente al constante avance del gris cemento de la realidad. A su vez, esta podrá ser adornada por la fantasía mediante sus neoformaciones de

deseo” (2016, p. 55).

Ahora bien, ¿cómo leer entonces el examen de realidad del que nos habla Freud? El autor se detiene en él atribuyéndole un papel preponderante en el trabajo de duelo, que influye directamente en la posibilidad de que este se realice o no, en la medida en que lo inicia. En *Inhibición, síntoma y angustia*, de 1925, Freud propone: “El duelo se genera bajo el influjo del examen de realidad, que exige categóricamente separarse del objeto porque él ya no existe más” (1984, p. 160). Al respecto, es importante recordar la carta que le escribió a su amigo Ludwig Binswanger en el año 1929 tras la muerte de su nieto Heinele -su nieto preferido, hijo de la fallecida Sophie-:

Sabemos que el duelo agudo después de una pérdida como esa se apaciguará; pero no se consolará, nunca encontrará un sustituto. Todo lo que intente tomar su lugar y que inclusive pueda reemplazarlo íntegramente, permanecerá como algo diferente. Y en el fondo está bien que así sea. Es la única forma de continuar el amor al que no se quiere renunciar (Freud, p. 93-100).

En vista de ello, el duelo tiene algo de irresoluble, y esto de ninguna manera lo hace patológico.

Esta epístola, como otras tantas dirigidas a sus colegas y discípulos en función de pérdidas de seres queridos, contradice lo planteado en años anteriores, fundamentalmente en *Duelo y melancolía*, en la medida en que sitúa el irremediable vacío que conlleva la pérdida, habilitándonos a revisar entonces, la problemática freudiana de la sustituibilidad del objeto perdido.

Al indagar en esta problemática, apuntalándonos en textos como *Inhibición, síntoma y angustia* y *El yo y el ello*, sostenemos que el objeto perdido no es en sí sustituible. La pena, por ello inevitable, deja siempre un resto, una cicatriz que señala que allí hubo una herida. Ya lo decía Chavela Vargas, Cesar Isella y Mercedes Sosa, exponentes del folclore nacional: “Uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida, y entonces comprende, como están de ausentes las cosas queridas” (2016). Desde esta perspectiva, el trabajo de duelo tiene que ver más precisamente con poder delimitar la pérdida, cambiar la relación con el objeto, es decir, hacer una reformulación significativa que incluya, al final de éste, la introyección de algo de ese objeto en el yo. Observamos que la introyección a la que alude Freud como índice fundamental en todo trabajo de duelo, es al detalle. Detalle por detalle, “pieza por pieza”. “Encontramos en la obra freudiana esta insistencia sobre el detalle, ya que la productividad del inconsciente se efectúa a partir de ellos” (Decorte, 2010, p. 52).

En esta dirección, nos introducimos en la problemática de la identificación. Tal como lo plantea Freud primeramente en *Psicología de las masas y análisis del yo*, pero que no

9

puede leerse sin un texto posterior *El yo y el Ello*, en el duelo nos encontramos con una identificación secundaria, por medio de la cual se introyecta un rasgo del objeto en el yo, permitiéndole al enlutado, elaborar esa investidura de objeto sin que ese objeto ensombrezca al yo. Estos textos, nos ubican frente a lo paradójico de los tiempos de la identificación, en tanto esta última es condición para la pérdida, pero se produce posteriormente en términos cronológicos. Dicho de otro modo, la identificación a un rasgo que se introyecta en el yo, se produce en un tiempo posterior a la pérdida, asimismo, esa identificación se vuelve necesaria para que la pérdida en sí pueda advenir. Esta es la manera por la cual el sujeto intenta conservar el objeto que debe resignar, acoger el objeto para tomar de él un rasgo, como forma posible de perderlo. No obstante, como ya mencionamos anteriormente, en esta identificación no se resignaría del todo la investidura objetual, pues el objeto continúa en la fantasía.

En el duelo, la identificación está al servicio del acto. La identificación en el duelo es producto de un trabajo que va de la experiencia de “desaparición” del objeto amado hasta la

aceptación de la pérdida y la adquisición de algún rasgo o rasgos que permiten leer en el sujeto, una marca del objeto, en tanto insustituible e irremediamente perdido (Garo, 2008).

¿Cómo es posible este mecanismo? Nos valemos de Landriel quien argumenta lo siguiente:

En las neurosis de transferencia la elección es del tipo de apuntalamiento, es decir, recae sobre objetos que comparten cierta alteridad y son soporte de la diferencia. Tal elección, al no ser narcisista, se encuentra atravesada por la dimensión de la pérdida, esta constituye la base de la elección. Los objetos conllevan la marca fálica, con lo cual localizamos una cierta discriminación entre el yo y el objeto (2016, p. 66).

Esta versión freudiana del duelo nos transmite, por un lado, la idea de que mudamos lo perdido en un rasgo de carácter, en superyó. Así lo sostiene Freud en *El yo y el ello*, de 1923: "Quizás esta identificación sea en general la condición bajo la cual el ello resigna sus objetos" (2013, p. 31). Y por el otro, la pulsión de muerte como aquella función inherente a todo ser vivo de querer restablecer un estado anterior rigiéndose por un principio que va más allá del principio de placer, favorece la identificación al rasgo en la medida en que desexualiza, quita la libido del objeto y la dirige al yo. A pesar de que dicha función, en su relación con la identificación como un modo de ligarse al objeto, pueda resultar paradójica, debemos entenderla como aquella posibilidad de perder el objeto a cambio de una identificación, la cual se inviste con las insignias del otro. En palabras de Carlos Kuri:

La intervención de la pulsión de muerte siempre irrumpe como resta, como sustracción: la pulsión de muerte opera cuando desexualiza. En la identificación es preciso, decíamos, desexualizar el objeto, esto es, salir del vector de la elección de objeto, y en esa desexualización colabora la pulsión de muerte (2010, p. 74).

Discernimos que, en parte, en todo trabajo de duelo se precisa en primer lugar, la ligazón de la moción pulsional al objeto, actuando fundamentalmente la pulsión de vida, aquella que tiende a hacer lazo, a unir, ligar. Simultáneamente, se advierte la función desexualizante de la pulsión de muerte, tendiendo a la desunión, a la desligadura, lo que permite inscribir la pérdida como tal e identificarse al objeto para perderlo. He aquí la mezcla pulsional a la que alude Freud en *Más allá del principio de placer*, de 1925, donde pulsión de vida y pulsión de muerte se encuentran entrelazadas intentando elaborar las cantidades de energía que ingresan al aparato. Una pulsión le hace tope a la otra, pero actúan juntas, mermándose. Será necesario reparar en estos movimientos ya que serán los avatares de la mezcla y desmezcla de ambas pulsiones las que determinarán la posibilidad o no, de este

trabajo. 10

A tal respecto, vemos producirse en la obra freudiana un desplazamiento que va de la ausencia a la inscripción de su pérdida, comenzando en *Duelo y melancolía*, al entender el duelo como una reacción ante una pérdida, para luego entenderlo como constituyente de un sujeto en *El yo y el ello*, resaltando la pérdida del objeto y la identificación como mecanismo estructural. Pues bien, decimos que en todo trabajo de luto se presenta un conflicto permanente, entre retener lo que se pierde y adherirse al objeto para tomar un rasgo y poder perderlo. Hacer un duelo es justamente, habitar esa contradicción. El duelo es oscilante, discontinuo, bascula entre retener lo que se pierde y perder aquello que no se puede conservar. Precisamente, el intento de retener algo de lo perdido habilita posteriormente, a un trabajo de rememoración.

En palabras de Landriel:

Ya no encontramos como final del trabajo de duelo la exhortación de la realidad de quitar la libido del objeto, operación en la que el yo desata la ligazón con el objeto aniquilado. Éste es el destino que Freud piensa para todo enlutado en Duelo y melancolía, contrariamente a lo que postula en *El yo y el ello* (2016, p. 71).

Entonces, la sustitución que podemos pensar en Freud desde la segunda tópica no implica un reemplazo o un “estar en lugar de”, más bien, en este proceso de investir otros objetos que pueden presentarse en la vida del sujeto, se revela la presencia de la pérdida y la imposibilidad de borrar las huellas que esta imprime. Es una ilusión creer que lo perdido equivale a lo olvidado completamente. Lo perdido inscribe un rastro, que puede estar más o menos presente en nuestra consciencia, pero ello no significa que ese rastro no exista. ¿Qué queremos decir con esto? Aunque la repetición que supone la búsqueda del objeto, cada vez, resulta parcialmente fallida, de igual modo, causa nuevas huellas. La relación con cada objeto sustituto introduce una marca en la serie de las precedentes. Allí radica la condición de insustituible del objeto que, como sabemos con Freud, por definición es siempre un sustituto, un subrogado. Así, la búsqueda y la pérdida constituyen dos caras de una misma moneda: la puesta a prueba de la realidad.

II. La pregunta que atañe todo duelo: ¿qué se pierde con lo perdido?

Si yo me atrevo
a mirar y a decir
es por su sombra
unida tan suave
a mi nombre
allá lejos
en la lluvia
en mi memoria
por su rostro
que ardiendo en mi poema
dispersa hermosamente
un perfume
a amado rostro desaparecido
(A. Pizarnik, 2017. *Sentido de su ausencia*)

La variación nos hace creer que habríamos podido
perdernos, para después volver a tomarnos

11
suavemente de la mano para devolvemos hacia el
tema principal y luego alejarnos de él de nuevo,
imperceptiblemente.
(A. Dufourmantelle, 2019. *Elogio del riesgo*)

La noción de duelo ligada a la idea de función es planteada por Jacques Lacan, quien ha ido más allá de Freud en lo que respecta a la problemática del duelo. Sin embargo, se trata de un desplazamiento teórico que no podría producirse sin ser causado por Freud. Es con Lacan que *Duelo y melancolía* adquiere una lectura singular al concebir, como se mencionó anteriormente, el duelo como una función; ésta es para Lacan, la función subjetivante de la falta, articulada necesariamente a la relación con el objeto.

En este sentido, hay un movimiento que hace girar la problemática del deseo a la

problemática del duelo, permitiéndole a Lacan reformular el planteamiento freudiano del duelo. Con lo que nos encontramos en Lacan, es que la cuestión del deseo y la del duelo, tienen un punto de encuentro que es el asunto del objeto, en la medida en que la cuestión no reside en el objeto del deseo sino en el objeto en el deseo. Por lo tanto, en la economía que plantea Lacan con respecto a la constitución del objeto en el deseo, lo que sitúa como operación necesaria para su constitución es justamente el duelo articulado a la castración.

Lo que nos propone es la posibilidad de pensar el duelo como una experiencia erótica, que tiene que ver con Eros, -según la mitología griega de la que se vale Freud, y por consiguiente Lacan- Dios del amor y de la unión. Precisamente, por la posición en la que el duelo deja al sujeto, en la que este tiene que tomar una posición en relación a la falta del Otro. Jean Allouch en *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*, plantea:

El sujeto habrá perdido entonces no solamente a alguien, sino además, sino aparte, sino como suplemento, un pequeño trozo de sí. El muerto se va llevándose para quien está de duelo un pequeño trozo de sí. No se separa del Otro, sino de una parte de sí mismo, haciendo entonces que el enlutado sea un Erastes, un sujeto deseante, un sujeto de deseo. Un sujeto de una falta también (2011, p. 300).

Volver a pasar una y otra vez por esos lugares donde investimos al otro, donde le dimos un lugar significativo en nuestra propia historia y, fundamentalmente, es con una lectura lacaniana que también ubicamos aquí la importancia del lugar que el otro nos ha dado, ese que fuimos para el otro.

Por lo tanto, nos interesa la relación que hay entre la constitución del sujeto deseante y el precio que paga por esa constitución que es su neurosis. Con esto, entendemos que es a partir del duelo como se constituye el objeto en el deseo. De modo que si el sujeto se constituye en relación con sus objetos, decimos que el sujeto se constituye bajo una vertiente erótica.

Entonces, cuando Lacan en el *Seminario 10*, de 1962-1963, establecido por Jacques-Alain Miller como: *La angustia*, manifiesta que a propósito de la constitución del objeto en el deseo, la operación necesaria es el duelo, plantea ir más allá de Freud. Lee la problemática del duelo en Freud, citando *Duelo y Melancolía*, pero haciendo referencia a *El yo y el Ello*, donde allí encontramos que el relevo de una investidura de objeto por una identificación es un mecanismo general de la constitución de las instancias psíquicas en la segunda tópica. Es decir, podemos afirmar que el yo no es más que el resto de las investiduras de objeto que han sido abandonadas. Por lo tanto, si el trabajo de duelo para Freud consiste en resignar un objeto a cambio de una identificación, se pierde el objeto a cambio de poder identificarse a un rasgo. Lacan da un paso más y dice en el *Seminario 10*, que en el duelo no se trata de perder al otro, de perder al objeto, sino de perder una parte de sí mismo, "solo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos *yo era su falta*" (2021, p. 155), de quien yo creo representar su falta. No se trata de lo que el otro me hace

12

faltar a mí, sino de cómo yo me constituyo como falta para el otro. Dicho de otro modo, si el sujeto en el duelo no se separa del objeto sino de una parte de sí, a lo que se liga el duelo es a la castración, dándole al duelo un valor estructurante de la subjetividad, una operación necesaria para la constitución del deseo.

Ahora bien, hay que distinguir dos cuestiones: no es lo mismo la identificación al objeto perdido, en donde se revela una investidura por una identificación, que cómo opera la identificación en el punto donde soy objeto del deseo del Otro. Esta distinción es un movimiento decisivo del *Seminario 10* de Lacan, en la medida en que plantea la imposibilidad de situar la problemática del sujeto si no tomamos en consideración la dimensión en la que el sujeto es objeto del Otro.

De este modo, el gesto de Lacan consiste en ir más allá de la castración imaginaria de Freud, un más allá que tiene que ver con la castración del Otro. Porque el neurótico no recula ante su propia castración, sino que recula ante la castración del Otro, hace de su castración lo que le falta al Otro. De allí, que la castración es primero en el Otro. Esto le sirve a Lacan (2021) para dar cuenta de algo que es trabajado a lo largo del *Seminario 10*: alguien para devenir sujeto primero tiene que ser objeto, pagar el precio de ser el objeto del Otro, y desde allí, poner en juego la operación del duelo articulada a la castración, esto es, situarse como un objeto perdido para el Otro.

En definitiva, podemos decir que no se está de duelo por lo que se perdió en sí mismo, sino por lo que esa pérdida se lleva de mí, mi posición, mi lugar en el deseo del Otro. Al respecto, Landriel sostiene: “El duelo pone de relieve el hecho de perder lo que se es para el otro y, por lo tanto, de renunciar a cierta pretensión de exclusividad de ser la falta del otro” (2016, p. 99). Consecuentemente, Freud señala en *De guerra y muerte. Temas de actualidad*, de 1915, que cada vez que sepultamos al Otro, no hacemos más que sepultar nuestras expectativas de satisfacernos en el Otro. Lo que el Otro se lleva de mí es la posibilidad de ser aquello que lo satisface, es decir, satisfacerme (Freud, 2022).

De este modo, el duelo implicaría hacer de lo perdido algo que se constituye como imposible duplicando la pérdida, y en realidad, lo que hace esa pérdida duplicada es instituir el vacío que ya operaba en la primera pérdida. Perder lo que ya se perdió porque en ese punto nunca se lo tuvo, precisamente porque lo que se instituye como perdido no es más que lo que el sujeto pierde por constituirse en el campo del Otro. O sea, hay en el Otro un punto irreductible en términos de Lacan, un vacío necesario y fundamental para poder desear. Es así como introducimos la cuestión del falo, justamente porque de lo que está privado el sujeto por constituirse simbólicamente en el campo del Otro, es del falo -ser o no ser-. Ser el falo del Otro es un tiempo lógico necesario, pues para dejar de serlo, primero hay que haberlo sido.

Lo que tenemos aquí, es la castración que Lacan llama el duelo por el falo. El duelo por el ser que el sujeto pierde y del cual es privado por su constitución en el campo del Otro. Entonces, si toda pérdida reactualiza una primera pérdida que tiene que ver con el duelo por el falo, el duelo en sí mismo se encuentra articulado a la castración, por medio de la cual se pone en juego una economía donde, por un lado, se articula la respuesta fantasmática, y por el otro, se pone en juego la identificación. Lacan, hace del duelo, la función constitutiva del sujeto. Tal como manifiesta Haydée Heinrich en *Cuando la neurosis no es de transferencia*, de 1996: “Si no se le ofrece al Sujeto un velo narcisísticamente aceptable, el corte es una herida absurda que no cicatriza, y no el pasaporte necesario que abre la vía al goce fálico” (1996, p. 20). A partir de allí, entendemos que las diferentes modalidades de lazo con los primeros objetos, tendrán incidencia en la manera de inscripción de la pérdida. Al respecto, Faccendini & Zuliani plantean:

A partir del duelo hay un objeto que puede venir al lugar de lo que no es en tanto no es el falo. Por la función del duelo, se constituye un vacío donde alojar objetos que

13

ocuparán el lugar del falo, pero que no lo serán (2018, p. 154).

Pues bien, a partir de este recorrido que se va armando y rearmando en cada trazo que damos, notamos que el duelo es una operación fundamental en la existencia del sujeto, en la medida en que sitúa a la persona frente a su propia castración, y con ello, “Desafía a la estructura para reencontrar la falta inaugural de la condición subjetiva” (Landriel, 2016, p. 107). En este punto, algo del orden del acto empieza a operar. Cuando hablamos de acto no aludimos a aquellas acciones calculadas de antemano, determinadas de manera anticipada de modo que no sea posible que se presenten desvíos. Por el contrario, el acto al que

hacemos referencia se trata más bien, de perder las garantías de la posición que el sujeto sostiene en relación al Otro, implica un corte y un desplazamiento hacia determinaciones que podríamos decir, son incalculables. Así, ubicamos al duelo como fundamento del acto, debido a que lo perdido en el duelo es una pregunta que habilita pero lejos está de poder calcular sus efectos. En este sentido, el duelo deja al sujeto en las puertas del acto, al modo de una invitación a arriesgar allí, donde el Otro no tiene respuestas ni garantías. ¿Acaso existe un trabajo de duelo completo enteramente, sin restos, sin cicatrices? Es menester señalar, hay heridas que nunca se cicatrizan completamente. En palabras de Valeria Decorte:

Hay una imposibilidad de inscripción de la muerte en el inconsciente. [...] Sin embargo la palabra de la que está privada la muerte, contornea el agujero de donde brotan otras palabras. Además podríamos considerar que nos topamos siempre con un déficit de inscripción en todo duelo. Tal cual un lector, que calla, pero que le resulta imposible apoderarse de lo que lee, igualmente quien está de duelo no puede apresar ni al objeto perdido, ni a la muerte” (2010, p. 51).

Ahora bien, que el duelo no implique un cierre total, no significa que no dé lugar al corte. El corte es ese acto que habilita a algo nuevo, diferente a lo conocido, a lo familiar. Posibilita una caída y consecuentemente una pérdida, empero, se trata precisamente de una pérdida parcial. Un corte para poder pasar a otra cosa, pero a condición de que se inscriban marcas imborrables que pasarán a formar parte de uno mismo. Es un cierre que permite que algo se inscriba, lo cual habilita al recuerdo en la medida en que un duelo no se sostiene en olvidar sino en recordar. En esta dirección, si entendemos al cuerpo como el lugar o superficie de irrupción, es preciso decir, siempre queda un resto del pasaje del otro por nuestro cuerpo. Se tratará entonces, de hacer algo con esos restos, también, del cuerpo que queda. “Partir de los restos desperdigados. Producir lo existente como resto” (López, 2021, p. 13-21). Consecuentemente, es pertinente retomar a Decorte quien al respecto propone lo siguiente:

Hablar de aquel que murió, del dolor, de la muerte, significa entrar en y confrontarse con la precariedad del lenguaje. Es un enclave signado por una contradicción: las palabras no alcanzan para decir algo sobre “eso”, pero no obstante es necesario hablar (o escribir) acerca de “eso” (2010, p. 59).

Allí radica la importancia del discurso, en el duelo, para representarse. Es en función de dicho discurso y del lenguaje que poco a poco pueden habilitar la inscripción de la falta y el encadenamiento a la cadena significante. La palabra, solo a veces, puede desalojar lo que en el cuerpo duele.

Es interesante observar cómo el psicoanálisis propone partir de ese agujero, no para llenarlo, sino para estar advertidos de que siempre estará allí, revelando una ausencia. Lo cual inaugura un desafío: aprender a vivir con nuestras propias carencias sin la necesidad imperiosa de buscar objetos que vengan a obturarlas. Aquello que viene de afuera, jamás

podrá colmar nuestras faltas internas.

Ahora bien, a propósito de lo planteado hasta aquí, Lacan en el *Seminario 10* introduce la estructura del fantasma, teniendo ésta una doble función, por un lado, vela la falta en el Otro dándole una imagen, y por el otro, es sostén del deseo permitiéndole al sujeto que continúe deseando. Así pues, a la estructura del fantasma podemos pensarla como aquella modalidad que cada sujeto arma y le permite relacionarse con otro, siendo el marco por el cual se mira la realidad -y se vela lo displacentero-. Desde esta perspectiva, hay un único modo de estructurar la realidad, siendo esta la realidad fantasmática que

ofrece cierta estabilidad y sostén al sujeto para andar por la vida (Lacan, 2021).

Dicho esto, sabemos que Lacan abordó la problemática del duelo en diversos seminarios, pero aquí nos interesa retomarla desde lo que él enfatizó respecto de la pérdida del ser amado que provoca un agujero en lo real, constituyendo la relación inversa a lo que llamó *Verwerfung*, o sea, rechazo. En tal caso, si el duelo es considerado como un velo que permite soportar la muerte y la angustia al posibilitar una tramitación simbólica del agujero en lo real que ha provocado la pérdida -al ser lo real planteado como aquello del orden de lo imposible que solo puede bordearse y captarse, en parte, mediante lo simbólico-, decimos que la forclusión como operación, es su opuesto, ya que esta última consiste en el retorno en lo real de algo que no ha sido simbolizado. A propósito de ello, Freud en el *Manuscrito G* de las cartas a Fliess, de 1894, se refiere a un agujero en lo psíquico, ahí donde en el duelo advertimos una falta en juego, en la forclusión hay un agujero.

Planteadas las condiciones que permiten leer la posibilidad del trabajo de duelo, el asunto que se nos presenta ahora es indagar en cuáles son aquellas que conducen a ubicar su imposibilidad.

III. La predominancia de la pulsión de muerte: un asunto de desmezcla pulsional

Siniestro delirio amar una sombra.
La sombra no muere.
Y mi amor
sólo abraza a lo que fluye
como lava del infierno:
una logia callada,
fantasmas en dulce erección,
sacerdotes de espuma,
y sobre todo ángeles,
ángeles bellos como cuchillos
que se elevan en la noche
y devastan la esperanza.
(A. Pizarnik, 2017. *Exilio*)

Ahí donde en el duelo hay una falta en juego, en la
melancolía-manía hay un agujero.
(N. Soria, 2017. *Duelo, melancolía y manía en la
práctica analítica*)

Pueden presentarse diversas situaciones en las cuales el trabajo de consumir la pérdida del objeto -por segunda vez- se halla obstaculizado o imposibilitado. Al respecto, Silvina Garo en su Tesis de Maestría titulada: *La concepción psicoanalítica del duelo en la obra de Sigmund Freud*, de 2008, sostiene que hay cuestiones que afectan el tiempo o la forma en el que el proceso de duelo se produce, puede relacionarse con el modo en que se

15
precipita una pérdida, o bien puede tener que ver con la respuesta subjetiva ante la misma. En vista de ello, la autora argumenta que hay condiciones que hacen que algo de este proceso pueda quedar demorado, suspendido o imposibilitado según el caso. Es de suponer que esto es lo que le posibilitó a Freud hablar de “duelo patológico” sin que se trate necesariamente de la melancolía.

Entonces, la pregunta se abre en torno a la no posibilidad de duelo, es decir, aquel duelo que no inicia frente a la pérdida. En este sentido, si en el presente escrito se cuestiona

la noción fuertemente ligada a la tradición freudiana de “duelo patológico” versus el denominado “duelo normal”, es posible considerar, en todo caso, hay duelo o no lo hay. Precisamente porque si se ha delineado en los capítulos anteriores el concepto de duelo como trabajo y como función, lo que se suele denominar “duelo patológico” en verdad se trata de un duelo que no ocurre bajo las coordenadas del duelo “normal” que describe Freud, en tanto está trabado, impedido o suspendido su trabajo. Será propicio discernir entonces, cuáles son las condiciones que permiten leer la posibilidad del trabajo de duelo, pero fundamentalmente, cuáles son aquellas que permiten leer su imposibilidad, es decir, su no trabajo.

En la clásica definición de duelo que establece Freud en *Duelo y Melancolía* como aquella reacción frente a la pérdida, el autor argumenta que hay sujetos en los que no se observa que transiten la experiencia de duelo sino que se ubican en una posición melancólica. Plantea allí que en el duelo el objeto se ha perdido, la realidad lo demuestra, pero la orden que parte del examen de realidad de reconocer esa ausencia no puede cumplirse enseguida, sino que se ejecuta pieza por pieza, tal como ha sido manifestado con anterioridad (Freud, 2022). Se requiere de un tiempo para aceptar la irrevocabilidad del conocimiento de la pérdida del objeto amado, pues en lo psíquico este continúa teniendo existencia. No se trata -solamente- de que quien está de luto acepte “la noticia” y resuelva el conflicto sin más. Julia Braun y María Lucila Pelento en *El duelo afectado. Algunos efectos subjetivos*, de 1989, señalan que sólo puede ingresarse al trabajo de duelo, en un principio, a través de la negación:

Esta negativa del yo a admitir, una realidad dolorosa, si es medida, si es ponderada constituye una especie de moratoria: da tiempo al aparato psíquico para acercarse a un saber doloroso. Más aún, los mismos juicios vertidos [...] permiten al aparato adquirir un cierto saber a través del símbolo de la negación (p. 94).

Según esta lógica, la negación se presenta como el primer modo de aproximarse a esa pérdida, como un modo de “protección” al yo frente a ese saber siempre difícil de inscribir.

Por su parte, Lacan en el *Seminario 10* retoma este planteo freudiano al afirmar que el trabajo de duelo consiste en consumir la pérdida del objeto por segunda vez, y este volver a perderlo implica un trabajo riguroso. Precisamente, ese trabajo de detalle tan minucioso, que se realiza con cada recuerdo, cada imagen, en definitiva, es un trabajo que apunta al objeto *a* como causa de deseo. Es un trabajo que lo rodea, y en última instancia, se trata de qué hacer con ese objeto *a* que estaba envuelto por ese manto amoroso (Soria, 2017). En ese proceso de desanudamiento del lazo con el objeto perdido, se reactualiza la inscripción de la castración. Es un pasaje de la pérdida a la inscripción de la falta, paso fundamental para que el sujeto se estructure como deseante. A partir de allí, cabe retomar la pregunta que formula Lacan en *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*, de 1960: “¿qué objeto soy para el Otro?”, pregunta tan inherente a la constitución del fantasma, pero que en la melancolía es necesario indagar acerca de cómo se efectúa, ya que lo que no se encuentra en ella es la posibilidad, por parte del sujeto, de enfrentarse a la pérdida de uno mismo como objeto de deseo en el otro. En efecto,

16

realizamos un contrapunto entre duelo y melancolía, en tanto que a la melancolía habría que referirla de algún modo a “una pérdida de objeto sustraída de la conciencia, a diferencia del duelo, en el cual no hay nada inconsciente en lo que atañe a la pérdida” (Freud, 2022, p. 243).

Freud trabaja la melancolía como la imposibilidad de duelar el objeto, como una de las características de esta, pero no la única. Para el autor, será necesario describir de qué

se trata el duelo y ubicar desde allí, en qué puntos la melancolía muestra sus diferencias que son también, su imposibilidad. Concretamente, que Freud describa el duelo junto con la melancolía tiene que ver con la pérdida, no habría ningún otro motivo para juntarlos y compararlos. Consecuentemente, Allouch plantea que Freud en *Duelo y melancolía*, parte del duelo como modo de “conquistar la melancolía”, y que esta posición forma parte de toda una tradición psicoanalítica de servirse del duelo para aproximarse a la melancolía.

A propósito de ello, Freud en *Duelo y Melancolía*, ubica en cuanto al duelo patológico y la melancolía, cierta cercanía en tanto la dificultad está en la ambivalencia. Sin embargo, lo que se destaca como rasgo exclusivamente de la melancolía es el rebajamiento de sí mismo. Al respecto, caracteriza a la melancolía de la siguiente manera:

Una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo interior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí que se exterioriza en autorreproches y autodenigraciones y se extrema hasta una delirante expectativa de castigo; para mostrar que no es otra cosa que lo que sucede en el duelo, con la salvedad de que no encontramos en él los autorreproches y las autodenigraciones que llegan hasta un delirio de insignificancia (Freud, 2022, p. 242).

Encontramos en esta descripción sobre lo anímico, lo mismo que sucede en el duelo, con la diferencia fundamental que no encontramos en él los autorreproches y las autodenigraciones -producto del empobrecimiento del yo- que alcanzan hasta un delirio de insignificancia. ¿Habría que conjeturar que este delirio de insignificancia sería la otra cara de lo que él describió unos años antes, en *Introducción del narcisismo*, de 1915, como el delirio de grandeza, lo que ubicaría a la melancolía dentro del terreno de las neurosis narcisistas? Cabe señalar que, en aquel texto, Freud amplía la teoría libidinal e incluye el narcisismo a la teoría analítica para poder desarrollar en forma general la distinción entre neurosis de transferencia y neurosis narcisista, que son las que también, unos años posteriores, le permiten explicar en forma particular las diferencias entre duelo y melancolía.

Ahora bien, en el sujeto melancólico se destaca una pérdida del respeto por sí mismo y según la analogía con el duelo, se infiere que él ha sufrido una pérdida en el objeto, pero de sus declaraciones se observa una pérdida en su yo. Es curioso que refiera: “pérdida en”, como si algo en lo concerniente al objeto se perdiera. Además, señala: “En el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo” (Freud, 2022, p. 243). Esto nos conduce a una contradicción, porque en verdad, no se trata del mismo estatuto de pérdida en el objeto en la melancolía que en el duelo. A partir de allí, caracteriza los síntomas del cuadro: “Se completa con el insomnio, la repulsa del alimento y un desfallecimiento, en extremo asombroso psicológicamente, de la pulsión que compele a todos los seres vivos a aferrarse a la vida” (Freud, 2022, p. 244). Es interesante esta cuestión, ya que, como manifiesta Nieves Soria en su libro *Duelo, melancolía y manía en la práctica analítica*, de 2017, esto se explica por el lado del falo: “Ahí falta la función fálica, que es la que posibilita aferrarse a la vida. La significación fálica le da un sentido -no sabemos cuál- a la vida” (p. 25).

Al no estar operando la función fálica de la castración -que es la que permite tramitar en términos de falta la pérdida-, no hay posibilidad de elaborar una pérdida. El proceso de

luto queda demorado, suspendido o, más comprometido aún, imposibilitado, no hay inscripción de la ausencia del objeto como marca de esa pérdida, lo que produciría un estancamiento en la elaboración luctuosa (Landriel, 2016). Es importante destacar que lo que en el duelo es una falta, en la melancolía es una pérdida, no porque el duelo no sea una pérdida, claro está que parte de esta, pero es una pérdida que se elabora y se constituye

como una falta, que se articula con el deseo. Por eso, en la melancolía se observa una identificación del yo con el objeto a como resto. Al respecto, Freud refiere: “La sombra del objeto cayó sobre el yo” (2022, p. 246), lo que hace confundir al objeto con el yo, al ser este último juzgado y humillado como lo haría con el objeto perdido. En este sentido, aquella pregunta que encabeza uno de los apartados del presente trabajo: “¿qué se pierde con lo perdido?” -tan inherente al duelo-, en la melancolía no es posible formularse, en la medida en que la sombra del objeto obstruye su ocasión. Esto se explica en tanto que en la melancolía se sabe qué o a quién se perdió, pero no se sabe lo que se perdió en él. Se trata de una pérdida sustraída de la conciencia. Es así como el autor intenta esclarecer los motivos de las querellas que el sujeto se dirige a sí mismo. De esta manera, descubre que estas se adecúan muy poco a la propia persona y se ajustan más bien a quien el enfermo ama, ha amado o amaría, de modo que es posible reconocer en el discurso del sujeto, que los autorreproches y las autodenigraciones que se dirige a sí mismo son en realidad contra el objeto de amor y desde allí, rebotan sobre el propio yo.

Tal como lo plantean Faccendini & Zuliani, es necesario diferenciar entre autorreproches, que más característicos del duelo patológico, ya que, como explica Freud: “Son algo secundario; es la consecuencia de ese trabajo interior que devora a su yo, un trabajo que desconocemos, comparable al del duelo” (Freud, 2022, p. 244); mientras que la rebaja del sentimiento de sí es más propia de la melancolía. No obstante, vale destacar que, dichos autorreproches podrían ir ganando terreno e ir mudándose en una rebaja (Faccendini & Zuliani, 2018). Puede sumarse a este aspecto, la cuestión del tiempo en la perdurabilidad de los reproches o en la extensión de la rememoración del difunto, tal como lo plantea Freud en *Cinco Conferencias sobre psicoanálisis*, de 1910.

Así, uno de los aspectos por los cuales se distinguen ambas afecciones refiere a las llamadas estructuras clínicas: neurosis, psicosis y perversión. Desde la perspectiva que es trabajada aquí, la melancolía iría más bien del lado de las psicosis o neurosis narcisistas, mientras que el duelo patológico iría del lado de las neurosis de transferencia. A propósito de ello, Freud manifiesta:

La pérdida del objeto de amor es una ocasión privilegiada para que campe y salga a la luz la ambivalencia de los vínculos de amor. Y por eso, cuando preexiste la disposición a la neurosis obsesiva, el conflicto de ambivalencia presta al duelo una conformación patológica y lo compele a exteriorizarse en la forma de unos autorreproches, a saber, que uno mismo es culpable de la pérdida del objeto de amor, vale decir, que la quiso (2022, p. 248).

A pesar de los criterios nombrados que pueden utilizarse para la clasificación, distinción y orientación en la clínica, observamos que hay una tendencia a ubicar a la melancolía, en un sentido amplio, del lado de las psicosis simplemente por el hecho de que no se trata de una neurosis. Sin embargo, en la obra freudiana a partir de la segunda tópica, se parecen ordenar los conflictos en sus diferencias: el conflicto del yo y el ello hace a la neurosis, el del yo y la realidad gobierna a la psicosis, y el conflicto del superyó y el yo representa a la melancolía (Kuri, 2010). A raíz de ello, se torna necesario formalizar con más claridad el estatuto de la melancolía, ya que en diversas cuestiones se aleja de las psicosis.

La tesis central de *Duelo y melancolía* es que en la melancolía hubo una elección de objeto -que luego Freud va a llamar narcisista-, pero la investidura de objeto resultó poco

resistente y fue cancelada. Como consecuencia de una afrenta real o un desengaño de parte de la persona amada, sobrevino un sacudimiento de ese vínculo de objeto, sin embargo, agrega, el resultado no fue el normal (Freud, 2022). La libido libre no se desplazó hacia otro objeto, sino que se retiró sobre el yo, dando lugar a la identificación del yo con el objeto perdido. Lo fundamental aquí, es que la investidura de objeto es poco resistente, de

modo que había una elección de objeto, pero también una labilidad en esa relación con el mismo. Al respecto, Freud refiere que es una trampa, porque el sujeto melancólico en realidad no pierde el amor por el objeto, en tanto lo que hace es identificarse con él, de modo que no llega en ningún momento a realizar esa segunda pérdida que sí se efectúa en el duelo. Al mantener el amor por la vía de la identificación con el objeto, no tiene que resignarlo realmente, sin embargo, esto conlleva una problemática ya que muestra la dificultad de diferenciar el objeto del sujeto.

A propósito, Freud manifiesta: “Según una certera observación de Otto Rank, esta contradicción parece exigir que la elección de objeto se haya cumplido sobre una base narcisista” (2022, p. 247). Esta es la explicación metapsicológica: al tratarse de una elección de objeto narcisista, la resistencia de la investidura es escasa, y por consiguiente, la identificación narcisista con el objeto se convierte así, en el sustituto de la investidura de amor. Es de suponer, que la investidura logra retirarse en la medida en que no se comporta como libido de objeto, por el contrario, es más del yo que del objeto. Freud argumenta:

Así, la investidura de amor del melancólico en relación con su objeto ha experimentado un destino doble; en una parte ha regresado a la identificación, pero, en otra parte, bajo la influencia del conflicto de ambivalencia, fue trasladada hacia atrás, hacia la etapa del sadismo más próxima a ese conflicto (2022, p. 249).

Se advierte que no es lo mismo el papel que juega la identificación en la melancolía que el que desempeña en el duelo. Es en relación con la melancolía que Freud asigna a la identificación un lugar clave como aquello que viene a operar con relación a una falla en la constitución subjetiva y es lo que lo conduce a ubicarla como una afección narcisista.

En consecuencia, es posible encontrar aquí una amenaza a la vida que conduce al sujeto a su autodestrucción. Es decir, aquel pasaje propio del duelo en el que el sujeto decide no compartir el mismo destino que el objeto perdido, no quedar ensombrecido por la caducidad, y así optar por la suma de satisfacciones narcisistas que le da el estar con vida al desatar su ligazón con el objeto aniquilado, no es algo que se observe en la melancolía. A propósito de ello, es posible conjeturar junto con Freud, la predominancia de una tendencia fundamental de todo ser vivo a regresar al estado inorgánico anterior, aquél desde donde emergió, al ubicar la problemática de la desmezcla pulsional y reconocer en ésta el aspecto desexualizante, a saber, la pulsión de muerte. Desde esta perspectiva, es de suponer que lo que está en juego en la melancolía es la desmezcla pulsional a la que hace referencia Freud en *Más allá del principio de placer* y luego amplía en su desarrollo en *El yo y el ello*.

En este sentido, en *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, de 1958, Lacan plantea justamente que el falo está íntimamente ligado con la pulsión de vida, con Eros. Cuando falta ese significativo hay una pérdida radical del sentido, no hay trama posible que habilite sustituciones. El sujeto melancólico da testimonio del sinsentido de la vida con crudeza y lucidez al estar directamente ligado con la falta del sentimiento de vida; debido a que tanto en el campo del sentido como en el de la pulsión de vida, juega su papel el falo, posibilitador de la untura íntima del sentimiento de vida en el sujeto, que es lo que se pierde en la melancolía cuando está desencadenada (Soria, 2017, p. 22). Evidentemente, hay un núcleo melancólico en toda psicosis, en la medida en que en ellas hay forclusión del falo.

Ahora bien, en torno a lo dicho hasta aquí, Freud en *El yo y el ello*, plantea: 19

Habíamos logrado esclarecer el sufrimiento doloroso de la melancolía mediante el supuesto de que un objeto perdido se vuelve a erigir en el yo, vale decir, la investidura de objeto es relevada por una identificación. En aquel momento, empero, no conocíamos toda la significatividad de este proceso y no sabíamos cuán frecuente y típico es. Desde entonces hemos comprendido que tal sustitución participa en considerable medida en la conformación del yo, y contribuye esencialmente a

producir lo que se denomina su *carácter*. (...) Si un tal objeto sexual es resignado, porque parece que debe serlo o porque no hay otro remedio, no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como erección del objeto en el yo, lo mismo que en la melancolía; todavía no nos resultan familiares las circunstancias de esta sustitución. Quizás el yo, mediante esta introyección que es una suerte de regresión al mecanismo de la fase oral, facilite o posibilite la resignación del objeto. Quizás esta identificación sea en general la condición bajo la cual el ello resigna sus objetos (2013, p. 30-31).

Entonces, si por medio de una identificación es posible resignar el objeto, cabe interrogar ¿por qué en la melancolía se observa que es tan conflictivo y complicado el estado del sujeto? ¿De qué modo se presenta la identificación en la estructuración melancólica? En efecto, que el sujeto melancólico elija el objeto de amor sobre una base narcisista señala que algo del narcisismo no se constituyó, en tanto no refiere a una identificación secundaria -lo que producirá la resignación del objeto por vía de la introyección- que, como plantea Garo:

Va de la experiencia de “desaparición” del objeto amado hasta la aceptación de la pérdida y la adquisición de algún rasgo o rasgos que como trazo simbólico es una marca que conmemora en el sujeto al objeto en tanto insustituible e irremediamente perdido (2008, p. 58).

Por el contrario, se trata de una fijación a la identificación primaria del tipo oral canibalística, etapa previa de la elección de objeto y primer modo, ambivalente en su expresión, de cómo el yo distingue a un objeto. En la melancolía, la identificación no está al servicio de resignar el objeto, en tanto no hay nada que pueda tomar de él para perderlo. Esto implica cierta dimensión de la incorporación -por la vía de la devoración- del padre que no llega a dar una vuelta simbólica secundaria que posibilite la constitución del Nombre del Padre; a diferencia de la forclusión del Nombre del Padre, que es propio de las psicosis (Soria, 2017).

Si bien la constitución del narcisismo es una operación, vale decir, fallida para todo sujeto en tanto esa imagen nunca recubre totalmente al *a*, hay algo que no pasa en el espejo, justamente, eso fallido es lo que es posible tramitar vía la función de la castración. Precisamente, a partir de esta función es posible ligarse con otro cuerpo, en la medida en que el sujeto no queda preso de su propia imagen, lo que le permite que la libido invista a otro cuerpo. Esto es lo que Lacan teoriza en el *Seminario 6: El deseo y su interpretación*, de 1959, y en el *Seminario 10*, acerca de la relación entre la imagen narcisista y el objeto *a* como ese resto real, elementos que se articulan por la función fálica. Es decir, para comprender la distinción entre duelo y melancolía, es necesario diferenciar entre *i(a)* y *a*, ya que lo que está en juego en la melancolía es el *a* puro, mientras que lo que posibilita que haya deseo en el duelo, es que está en juego el *i(a)*. O sea, el objeto *a* se encuentra velado debido que lo que media entre el *i* y el *a* es la función de la castración. Al respecto, Lacan plantea que aquello que permite discriminar lo que corresponde a la melancolía de lo que corresponde a la referencia al duelo y al deseo:

Solo podemos capturarlo acentuando la diferencia de función entre, por una parte, la

relación del *a* con *i(a)* en el duelo, y, por otra parte, en el otro ciclo, la referencia radical al *a*, más arraigante para el sujeto que cualquier otra relación, pero, también, profundamente ignorada, alienada, en la relación narcisista (2021, p. 363).

No obstante, cuando esa falla en la conformación del narcisismo no puede ser leída en términos de castración, “¿con qué otro cuerpo hace entonces el nudo inicial? (Soria, 2017, p. 78). En función de esta problemática, Nieves Soria agrega:

Porque es en la medida en que el otro funciona como espejo que se hace el nudo. Lo que ocurre en la melancolía es que igual se hace un nudo, pero con una ausencia corporal, es un nudo con una ausencia. Me parece que es de esa ausencia en verdad de la que habla el melancólico interminablemente (2017, p. 78).

El sujeto melancólico, al no poder leer esa falla como falta fálica, queda identificado con una pura pérdida en la medida en que no ha encarnado el falo vivo para el Otro materno. Lo que prevalece es el objeto *a* sin el velo del amor que hace amable al propio cuerpo en la imagen narcisista, en la imagen del espejo, por eso, el sujeto no necesita luchar por el objeto, ya que al identificarse con él lo conserva, y recibe a cambio un conflicto entre el yo y superyó. Desde esta perspectiva, se destaca que en la melancolía lo que está en juego es el odio, en tanto el amor se refugia en la identificación narcisista y el odio se ensaña con el yo como objeto sustituto. Con relación a ello, cuando Freud argumenta que la sombra del objeto cae sobre el yo, lo que se le dirige a ese objeto es el odio producto de un encarnamiento con el objeto introyectado en el yo. En este sentido, es menester pensar la identificación como un mecanismo estructural y, además, como una especificidad clínica donde esta viene a suplir cierta falla en la estructura, de lo que no se pudo operar de otro modo, ya sea por una imposibilidad estructural o por razones de la contingencia que desvían su resolución por esta vía.

Entonces, el hecho de que en la melancolía sea tan conflictivo el estado del sujeto, refiere al problema de la ambivalencia en la elección de objeto y, fundamentalmente, al tipo narcisista de elección que revela la identificación que opera en esta estructura; como consecuencia, se presenta la dificultad de diferenciar el objeto del sujeto. En vista de ello, es posible señalar que la melancolía se encuentra ligada al rasgo unario, en tanto hay algo que no se enlazó, o en todo caso, se enlazó en la suplencia que encontró. En definitiva, cuando se plantea la identificación en la estructuración melancólica, es necesario relacionarla con aspectos estructurales de constitución subjetiva.

Ahora bien, respecto a lo recorrido hasta aquí, Freud en *El yo y el ello*, argumenta:

Nos gustaría conjeturar que la esencia de una regresión libidinal (p. ej., de la fase genital a la sádico-anal) estriba en una desmezcla de pulsiones. (...) También se plantea la pregunta: La regular ambivalencia que tan a menudo hallamos reforzada en la disposición constitucional a la neurosis, ¿no ha de concebirse como resultado de una desmezcla? (2013, p. 43).

La trasposición de libido de objeto en libido yoica producto de una identificación, conlleva, desde luego, una desexualización, lo cual revela que el yo trabaja en contra de los propósitos de la pulsión de vida, se pone al servicio de las mociones pulsionales enemigas. En palabras de Freud: “hemos de ocuparnos de averiguar si esta mudanza no puede tener como consecuencia otros destinos de la pulsión: producir, por ejemplo, una desmezcla de las diferentes pulsiones fusionadas entre sí” (2013, p. 32). En función de ello, el autor manifiesta que muchas neurosis graves, entre ellas la neurosis obsesiva, merecen una apreciación la desmezcla de pulsiones y en ella se destaca la pulsión de muerte.

Entonces Freud, frente a la pregunta que se propone acerca de “¿cómo es que el superyó se exterioriza esencialmente como sentimiento de culpa (...) y así despliega contra

conciencia moral y las operaciones del yo- es hiperexpreso, pero no puede justificarse frente al yo. Por el contrario, en el caso de la melancolía, es aún más fuerte la impresión de que el superyó ha arrastrado hacia sí a la conciencia, y se abate sobre el yo como si se hubiera apoderado del sadismo disponible en el sujeto. Así, en la melancolía, el componente destructivo se ha depositado en el superyó y se ha vuelto hacia el yo. Agrega: “Lo que ahora gobierna en el superyó es como un cultivo puro de la pulsión de muerte, que a menudo logra efectivamente empujar al yo a la muerte” (Freud, 2013, p. 54). En este sentido, el yo no exige ningún veto, se confiesa culpable y se somete al castigo. Al decir de Freud:

En la neurosis obsesiva se trataba de mociones repelentes que permanecían fuera del yo; en la melancolía, en cambio, el objeto, a quien se dirige la cólera del superyó, ha sido acogido en el yo por identificación. (...) En estas dos afecciones neuróticas el sentimiento de culpa haya de alcanzar una intensidad tan extraordinaria (2013, p. 52).

Cabe agregar una consideración al respecto del superyó en la neurosis obsesiva. Si bien los reproches de la conciencia moral son martirizados, Freud sostiene que el sujeto nunca llega a darse por muerto, como sí puede devenir en la melancolía. En consonancia, Freud problematiza la cuestión del superyó al convertirse en un cultivo puro de las pulsiones de muerte y en función de ello, argumenta lo siguiente:

El superyó se ha engendrado, sin duda, por una identificación con el arquetipo paterno. Cualquier identificación de esta índole tiene el carácter de una desexualización o, aun, de una sublimación. Y bien; parece que a raíz de una tal trasposición se produce también una desmezcla de pulsiones. (...) El componente erótico ya no tiene más la fuerza para ligar toda la destrucción aleada con él, y esta se libera como inclinación de agresión y destrucción. Sería de esta desmezcla, justamente, de donde el ideal extrae todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber-ser (2013, p. 55).

IV. La muerte, una imposibilidad de inscripción

¿Quién ha de sustituirle a la madre su hijo, a la mujer su esposo, a los hijos su padre, si es que acaece una desgracia?

(S. Freud, 2016. *De guerra y muerte. Temas de actualidad*)

Frente al silencio de un cielo estrellado, el indecible de la muerte evoca más bien el mutismo abrumador de estos espacios negros que asombraron a Pascal.

Aquí, nuestras preguntas siguen sin respuesta; aquí, nuestra voz clama en el desierto y el diálogo retumba de inmediato en la desesperante soledad del monólogo.

(D. Le Breton, 2009. *El silencio*)

modo de pensar el duelo, ya no como un trabajo de inscripción de la pérdida impuesto al aparato psíquico, sino, como un encuentro con un real en tanto imposible de simbolizar.

A la luz del texto *De guerra y de muerte. Temas de actualidad*, Freud refiere a una actitud cultural-convencional hacia la muerte. Por un lado, plantea que esa actitud de los individuos no es sincera ya que se postula a la muerte como algo natural, inevitable, y por el otro, se manifiesta la tendencia a hacer a un lado la muerte, a eliminarla de la vida. En palabras del autor:

Esta actitud cultural-convencional hacia la muerte se complementa con nuestro total descalabro cuando fenece una de las personas que nos son próximas, cuando la muerte alcanza a nuestro padre, a nuestro consorte, a un hermano, un hijo o un caro amigo. Sepultamos con él nuestras esperanzas, nuestras demandas, nuestros goces; no nos dejamos consolar y nos negamos a sustituir al que perdimos. Nos portamos entonces como una suerte de Asra, de esos que mueren cuando mueren aquellos a quienes aman (2022, p. 291).

Allí Freud introduce la dificultad de conservar esta relación convencional con la muerte, donde la guerra barre con esa posibilidad. Por consiguiente, es necesario pensar que, asimismo, otras circunstancias hacen imposible que esta se pueda sostener.

En consecuencia, es de suponer que hay determinadas pérdidas, en momentos o en situaciones específicas, que no conducen al sujeto a un trabajo de duelo. Precisamente porque en ellas hay algo que es imposible de inscribir, y que no responde necesariamente a una cuestión de estructura subjetiva, sino, a lo que esa pérdida implica en sí para el sujeto. En otras palabras, si bien toda pérdida conlleva en sí un límite de inscripción, hay pérdidas que, por su especificidad, introducen una imposibilidad de representación. Son heridas en las que no hay sutura que valga.

Al respecto, Nieves Soria en *Duelo, melancolía y manía en la práctica analítica*, refiere:

Pienso en las Madres del Dolor, las Madres de Plaza de Mayo: no son los padres, son las madres. Me parece que hay algo mucho más fundamental del propio ser que se le juega a una mujer al perder a un hijo, que abre otra dimensión. Siempre es patológico el duelo de un hijo para una madre respecto de los parámetros de un duelo normal, creo que transita por otros carriles (2017, p. 58).

En esta dirección, Freud en *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*, de 1909, trabaja el caso de el "Hombre de las Ratas", en donde es posible vislumbrar que los reproches y temores obsesivos acerca del padre muerto, producen en él un remordimiento culposo que motiva al autor a considerar patológico el duelo de Paul, el paciente en cuestión. Es decir, el duelo por el padre es la principal fuente de intensidad de la neurosis, y halló en ésta su expresión patológica, en tanto que un duelo no tiene, como aquí, duración ilimitada. Se observa que la ambivalencia y la actitud renegatoria frente a la muerte, son también rasgos que se presentan. Precisamente, por más que Paul nunca olvidara el hecho de su muerte, la expectativa de esa aparición fantasmal no tenía para él nada de terrorífico, por el contrario, era algo en extremo deseado (Freud, 2006). De este modo, a pesar de tener conocimiento de la muerte de su padre y con ello, la imposibilidad de su retorno, organizaba sus noches de estudio esperando su aparición. Este posicionamiento es el que deja al duelo impedido en su trabajo, por estar aceptada la muerte y desmentida al mismo tiempo como pérdida subjetiva. En este punto, "la proyección de los espíritus aparece como una forma de desmentir la muerte, desmentida vislumbrada en el temor que le suceda algo al padre en el más allá" (Landriel, 2016, p. 122).

Por otro lado, cabe recordar que cuando Lacan vuelve en el *Seminario 10* sobre la cuestión del duelo en Hamlet, ubica cierto punto de dificultad, de detenimiento en el duelo por su padre, como consecuencia de la ausencia de duelo en Gertrudis, su Otro materno. A partir de allí, Lacan afirma:

Cuando el Ideal es contradicho, cuando se hunde, el resultado, constatémoslo, es que el poder del deseo desaparece en Hamlet (...) El problema del duelo es el del mantenimiento, en el nivel escópico, de los vínculos por los que el deseo está suspendido, no del objeto a, sino de i(a), por el que todo amor está narcisísticamente estructurado, en la medida en que este término implica la dimensión idealizada que he señalado (2021, p. 362).

Finalmente, Hamlet pudo realizar un movimiento en esta operatoria, a partir de la visión, en el exterior, de un verdadero duelo, de un acto de un otro especular, el de Laertes por Ofelia. Asimismo, Lacan se detuvo en este punto unos años antes, en el *Seminario 6*, en función de los no duelos en Hamlet. Justamente, lo que allí señala es que no se trata solamente del padre asesinado y de su madre que se casa rápidamente con el hermano asesino, sino también, de lo que ocurre con Ofelia. Toda la problemática que atraviesa la obra tiene relación con estos duelos impedidos. De modo que los espectros -el espectro del padre muerto en el caso de Hamlet-, son presencias corporales del orden del objeto a, precisamente allí donde no se ha podido realizar la elaboración simbólica pertinente.

En cualquier caso, se trata de una trama que introduce una pregunta al respecto del posicionamiento subjetivo frente a la pérdida. De esta manera, es posible pensar que en ciertas ocasiones, hay algo de ese tiempo de comprender, de concluir -inherente a todo duelo-, que no opera en la medida en que no ha sido posible inscribir simbólicamente la pérdida. De este modo, no hay movimiento simbólico que rodee el agujero en lo real.

Reflexiones finales

[Ferenczi]: Nada es en vano si sirve como
inspiración de algo mejor
(S. Freud - S. Ferenczi, 2001. *Correspondencia*)

Este recorrido trazado hasta aquí permitió que aquella pregunta que parecía ser ínfima y que comenzaba a esbozar hace un año atrás, cobre potencia al ser pensada con otros. Los intercambios con docentes, las lecturas, las múltiples preguntas sin respuestas, las marchas y contramarchas, han caracterizado y acompañado este proceso de escritura.

En su especificidad, la motivación que ha comandado la problemática trabajada radica en la escucha de sujetos cercanos al entorno en los que se observa que aquel duelo esperado que acontezca frente a una pérdida no inicia o bien, queda detenido. En función de ello, lo planteado por Juan Ritvo en *El laberinto de la feminidad y el acto analítico*, de 2009, acerca de que en todo trabajo de duelo hay un conflicto, un obstáculo, un escollo que se entrama entre retener lo que se pierde y perder lo que no se puede conservar, es un primer eje de lectura del cual es posible servirse para comenzar a trazar este difícil camino del duelo. No obstante, las diversas derivas o ramificaciones que puede tomar este proceso de duelo -en donde cabe formular la pregunta acerca de si se trata de una cuestión de la estructura, de posicionamiento subjetivo frente a la pérdida-, conduce a pensar en la

hipótesis de la predominancia de la desmezcla pulsional en la problemática del duelo, al reconocer en esta el aspecto desexualizante, a saber, la pulsión de muerte. Por otro lado, el presente trabajo habilitó a poner tensión la idea de duelo patológico y cuestionar modos de intervención que impliquen una distinción tajante entre lo normal y lo patológico. En tanto la vida humana se caracteriza por sus tropiezos, sus interrupciones, su malestar. Es por eso por lo que Freud describe un modo de estar en el mundo que incluye el sufrimiento como uno de sus avatares. En este punto, es necesario que estemos advertidos de que lo psicopatológico se halla ligado a las formaciones del inconsciente, por lo tanto, no encontramos en la obra freudiana una tajante línea divisoria entre lo normal y lo patológico. En este sentido, no podemos pretender que estos mismos efectos no estén presentes frente a una pérdida ni tampoco podemos aspirar a tiempos establecidos o modos específicos en los que debe concretarse el duelo. Cada uno se vale de los diversos recursos simbólicos con los que cuenta para dar respuesta a aquel agujero que se presenta en lo real. A propósito de lo mencionado anteriormente, este trabajo ha alcanzado algunas aproximaciones que han permitido articular conceptos, tensionar lo desarrollado por diferentes autores, elaborar ideas y supuestos, posibilitar otras lecturas de lo ya transmitido y arribar así, a pesquisar coordenadas que inscriben ciertas operaciones subjetivas, pero lejos está de dar por acabadas las respuestas. Precisamente, el sostener las preguntas, permitirá que ellas insistan en el porvenir de la práctica, y sea esta -al pensar con otros- la que circunscriba los ejes de lecturas pertinentes.

Referencias bibliográficas:

- Allouch, J. (2011). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Méjico: Edelp S.A.
- Braun, J. & Pelento, M. L. (1989). *Las vicisitudes de la pulsión de saber en ciertos duelos especiales. Violencia de Estado y Psicoanálisis* (pp. 91-105). Argentina: Centro Editor.
- Decorte, V. (2010). *Los silencios en Psicoanálisis. Distintos estatutos clínicos del silencio en la clínica*. Recuperado en: <http://hdl.handle.net/2133/23150>
- Faccendini, J & Zuliani, C. (2018). *Volver al duelo, ruedo*. Argentina: Laborde Editor.
- Freud, S. (2006). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva el "Hombre de las Ratas"*. En Obras Completas Sigmund Freud - Tomo X. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (1929). *Carta a Binswanger. Ernest Freud (Org.). Epistolario*. España: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1910). *Cinco Conferencias sobre Psicoanálisis*. En Obras Completas Sigmund Freud - Tomo XI. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Freud, S. (2022). *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. En Obras Completas Sigmund Freud, 1° ed - Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2022). *Duelo y melancolía*. En Obras Completas Sigmund Freud, 2° ed - Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1986). *El Malestar en la cultura*. En Obras Completas Sigmund Freud - Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2013). *El yo y el ello*. En Obras Completas Sigmund Freud, 2° ed - Tomo

- XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1985). *Estudios sobre la histeria*. En Obras Completas Sigmund Freud - Tomo II. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1984). *Inhibición, síntoma y angustia*. En Obras Completas. Vol. XX (pp. 83-161). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2022). *Introducción del narcisismo*. En Obras Completas Sigmund Freud, 1° ed - Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1894). *Manuscrito G. La melancolía*. En Obras Completas Sigmund Freud - Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2013). *Más allá del principio de placer*. En Obras Completas Sigmund Freud, 2° ed - Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2013). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En Obras Completas Sigmund Freud, 2° ed - Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Garo, S. (2008). *La concepción psicoanalítica del duelo en la obra de Sigmund Freud*. (Tesis de maestría). Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario.
- Lacan, J. (1958). *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis*. Escritos II. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2015) *Seminario 6: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2020) *Seminario 10: La Angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1997). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. Escritos II, México: Ed. Siglo XXI.
- Landriel, C. (2016). *El duelo. Algunas consideraciones a partir de la obra de Sigmund Freud*, 1° ed. Buenos Aires: Letra Viva.
- Le Breton, D. (2009). *El silencio*. Argentina: Sequitur.
- López, M. (2021). *Quipu. Nudos para una narración feminista*. La Plata: Estructura Mental a las Estrellas.
- Malusardi, M. (2009). *Trilogía de la tristeza*. Córdoba: Alción Editora.